

NUEVAS POLÍTICAS PARA LA PROMOCIÓN DE LA CULTURA POPULAR EN EL ECUADOR

La equivocidad de los términos conspira, y a veces con desalentador efecto en los diálogos, reflexiones o discusiones sobre temas más o menos concretos. En las ciencias exactas, recurriendo a fórmulas y guarismos esta conspiración de la inexactitud de los términos se aminora sustancialmente, mas en el universo de las ciencias sociales ricamente sazonados con ideologías, puntos de vista y criterios diferentes, contrapuestos y divergentes, la peculiaridad polisémica de los términos puede tener efectos devastadores. Sócrates con

su metodología del interrogatorio pretendía precisar los alcances de los conceptos generales. Con sorprendente lucidez Descartes, en su “Discurso del Método”, hace hincapié en la necesidad de aceptar un concepto solamente cuando se haya establecido su claridad y distinción. Antes de abordar de manera directa el tema de mi disertación intentaré precisar de la mejor manera posible el sentido de las palabras esenciales: cultura, popular, cultura popular y políticas. No aspiro a que haya consenso sobre el contenido de esos términos, pero

la corriente del discurso y el sentido de las conclusiones serán más coherentes si es que se aceptan, aunque sea provisionalmente, los alcances de las palabras claves.

Cultura

Raymond Williams en su obra “Keywords” (Oxford University Press, 1976) al abordar el término cultura dice:

“Cultura es una de las dos o tres palabras más complejas del idioma. Esto se debe en parte a su intrincado desarrollo histórico en varias lenguas de origen europeo, pero sobre todo porque actualmente se la usa para referirse a varias y diferentes disciplinas intelectuales y a muchos sistemas de pensamiento incompatibles entre sí”

La tradicional diferencia entre pueblos cultos y pueblos incultos, entre estamentos sociales cultos e incultos pesa todavía y mucho en nuestro código de comunicación oral y escrita. Con el desarrollo de la Antropología Cultural el término cultura se democratiza en la medida en que se entiende por él aquello que

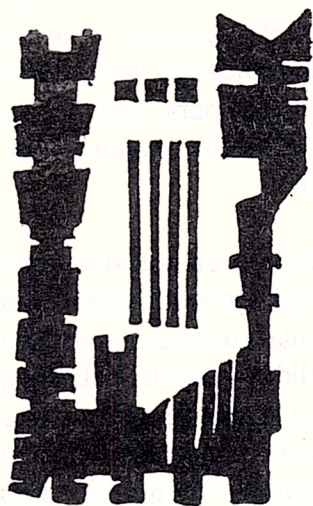
el ser humano colectivamente ha creado, creación que a su vez organiza el comportamiento de las personas que integran la comunidad. Al usar cultura en este trabajo haré referencia a su contenido antropológico, es decir superando la tendencia a considerar pueblos cultos e incultos y culturas superiores e inferiores. Si bien es verdad que existen varias escuelas en el ámbito de Antropología Cultural y que cada escuela al generar una definición enfatiza ciertos aspectos, cito a manera de ejemplo la definición de Clyde Klukhohn:

“Modelos de vida históricamente creados, explícitos e implícitos racionales y no racionales que existen en un tiempo determinado como guías potenciales del comportamiento humano”.

Popular

Si el término cultura adolece de esta imprecisión conceptual, no le va muy a la zaga la palabra popular y aquella de la que procede: pueblo. Si hablamos de las cualidades o deficiencias del pueblo ecuatoriano o del pueblo chino, el sentido es uno;

cuando un político que aspira a obtener mayor votación se autocalifica de defensor de los intereses del pueblo, el sentido es otro. Quien manifiesta que tal producto o tal equipo de futbol es muy popular o poco popular hace referencia a otros contenidos. Si despectivamente alguien califica de pueblerino a algún elemento o actitud quiere expresar otro tipo de calificativo. Si hablamos de cultura popular o de arte popular pensamos en un área de la cultura diferente de otras y con peculiaridades específicas. Partiendo de la existencia de estamentos sociales jerarquizados en todo conglomerado humano, el pueblo estaría integrado por aquellos sectores que carecen de poder político, económico y reli-



gioso para influir en forma sistemática y directa en la toma de decisiones que tienen que ver con la organización de la sociedad y las políticas que perfilan esta organización. Lo popular frecuentemente se identifica con formas espontáneas de comportamiento y expresión liberadas de estrictas y a veces puntillosas normas.

Cultura popular

Lograr una definición de consenso de Cultura Popular es tarea poco menos que imposible debido a la equivocidad de los dos términos que integran este concepto y que hace apenas algunas décadas ha sido admitido en el universo de las ciencias sociales como algo que tiene sentido. Unas décadas atrás decir cultura popular era un contrasentido como hablar de granizo tostado o mi querida suegra. Sinónimo de pueblo es vulgo y su derivado vulgar quería decir carente de cultura. El concepto cultura popular irrumpe debido en buena parte al desarrollo de la Antropología Cultural que es una disciplina joven y por ello carente de la madurez que la precisión de conceptos exige. Considero que es prefe-

rible esclarecer su contenido contraponiéndolo al de otros tipos de cultura que se dan en una colectividad como son las culturas elitista, académica y oficial. Quienes tienen posiciones hegemónicas provenientes del control de los poderes político y económico y que en consecuencia controlan y manejan el orden establecido deciden lo que es y debe ser cultura y lo que no es cultura, a la vez que conforman las estrategias de los poderes para llevar adelante acciones culturales. Al margen de estas normas constituidas desde arriba la mayor parte de la población, engloba en el común denominador pueblo, vive y convive en medio de otras culturas. Si bien es verdad que recurrir a lo negativo para esclarecer un concepto es un recurso insuficiente, provisionalmente podemos afirmar que cultura popular es la no elitista, no académica y en muchísimos casos no oficial que se da en un país o en una región. Posteriormente trataremos de ampliar el concepto cultura popular.

La distinción entre cultura popular y elitista es insuficiente, de manera especial en países como el nuestro y la mayor parte de los latinoamericanos que se han conformado luego

de un proceso de dominación con la concurrencia de grupos humanos y culturas provenientes de la propia América, Europa y el Africa. Consecuencia de la dicotomía vencedor-vencido, los europeos -en el caso de nuestro país los españoles- monopolizaron el poder y establecieron las pautas culturales considerados válidas y verídicas, dejando a los contenidos culturales de los indoamericanos en segundo plano, si es que no prohibiéndolos, agrediéndolos u hostilizándolos. Inevitablemente esta coexistencia de culturas condujo a un mestizaje no solo étnico sino cultural, proceso en el que los aportes de los vencidos llevaron la peor parte y el de los vencedores la mejor. Sin embargo, pese al decurrir de casi cinco siglos, han persistido grupos humanos indoamericanos que han preservado de manera más pura sus culturas (tal es el caso de los grupos de la Amazonía).

Existe en nuestra patria una tendencia generalizada a identificar lo popular con lo indoamericano, pero en realidad frente a lo elitista que fue y sigue siendo preponderantemente europeo o europeizante, lo popular en el ámbito cultural es eminente-

mente mestizo y a lo indígena que se ha conservado con mayor pureza lo califico de vernacular que no necesariamente se identifica con lo popular. El caso del contenido africano tiene ciertas similitudes con lo indioamericano ya que quienes llegaron desde el continente negro lo hicieron en condición de sometidos totalmente carentes además de artefactos materiales y una lengua común que les permitiera mantener de mejor manera la cultura de los pueblos de donde procedían. Su condición al igual que la de los indígenas fue de ciudadanos de segunda clase y algunos rasgos de sus culturas han sobrevivido en virtud de lo que podríamos denominar resistencia pasiva.



Política y políticas

La palabra política requiere también de una aclaración en cuanto al sentido en que será usada en este trabajo. Tradicionalmente se distingue entre política como ciencia y como arte, es decir entre un proceso de especulación racional para conformar un modelo ideal de estado bajo cuyos principios y normas deben vivir conglomerados humanos, y una serie de tácticas y estrategias que deben ser empleadas por personas o grupos para captar el poder y mantenerse en él. Cuando hablamos de políticas culturales, como en este caso, hacemos referencia a acciones que debe llevar a cabo el estado a través de sus organismos para utilizar los recursos de que dispone con el fin de cumplir con objetivos que se han fijado en programas previamente elaborados. Lo dicho del estado puede también referirse a entidades privadas, autónomas y semiautónomas con propósitos similares y evidentemente puede cambiar de gobierno a gobierno.

Hablar de políticas destinadas a la revalorización y robustecimiento de la cultura popular implica elaborar programas a corto, mediano y

largo plazo con este propósito, establecer las prioridades considerando la realidad nacional y regional, conformar proyectos concretos de acuerdo con los recursos disponibles y planificar el incremento de recursos, decidir en qué forma esa área de la cultura debe insertarse en la política cultural global.

Los comunicadores

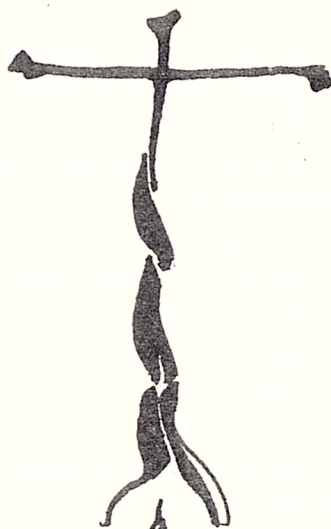
No solamente el Estado programa y lleva adelante acciones tendientes al robustecimiento de la cultura popular. Otro tipo de organizaciones fundamentalmente del sector privado están en condiciones de hacerlo y de hecho lo hacen en forma positiva o negativa. Los medios de comunicación colectiva y los complejos productores, comercializadores y difusores de libros -la mayor parte de los cuales se encuentran en manos de particulares-, tienen también que ver con la cultura popular. En una sociedad en la que debido a la disminución altamente significativa del analfabetismo, a la familiarización de los ciudadanos de los más remotos confines del país con la radio-difusión, luego de la “revolución del transistor”, y a la creciente expan-

sión de la televisión casi la totalidad de ciudadanos conviven con la comunicación, el peso de la misma es altamente significativo en las formas de vida y priorización de valores. Si hablamos de políticas en términos generales, es indispensable tomar en consideración este sector. Si lo hacemos refiriéndonos tan solo al sector público, debe éste poner todos los medios que estén a su alcance para contar con el apoyo de los comunicadores y actuar coordinadamente con ellos.

La iglesia

La religión es un elemento y muy importante en las culturas y organizada en iglesias, tiene un muy fuerte poder entre la población tanto de las élites como del pueblo. Este poder, esta capacidad de liderazgo y persuasión y la organización profusamente difundida cuentan muy seriamente en el éxito o fracaso de las políticas culturales especialmente en el denominado pueblo. Una de las razones que más pesó en España para justificar la conquista y colonización de territorios en los que estaban afincadas sociedades en algunos casos con un muy alto nivel de organi-

zación fue la evangelización para incorporar a los indoamericanos a la “única religión verdadera”. De las instituciones españolas posiblemente la que se difundió en América hasta llegar a los más remotos confines fue la iglesia católica. Ciertamente tuvo mucho que ver en el proceso de des-culturización vernacular, pero buena parte de los contenidos de la cultura popular-mestiza provienen de ella. Con todos los cambios que en las instituciones se operan con el decurrir del tiempo, subsiste la iglesia católica en nuestro medio y sus puntos de vista y decisiones coadyuvarán u obstaculizarán las políticas culturales del estado.



La educación formal

La educación formal en la secuencia escuela-colegio-universidad está a punto de cubrir, si es que aún no ha ocurrido, la totalidad de la población ecuatoriana en edad escolar y el número de personas que se incorporan a la educación media y a la universitaria se incrementa año tras año. Las políticas educativas son las más estrechamente vinculadas a las culturales. Según los objetivos de la educación formal sean acabar con, desalentar, tolerar, respetar o promover las manifestaciones de la cultura vernacular y popular los resultados serán diferentes para las élites y para el pueblo. La problemática de la educación formal dentro de este contexto no debe limitarse tan solo a las asignaturas y contenidos que se enseñan sino a una serie de factores adicionales. La enseñanza o no enseñanza de los idiomas vernaculares como el Quichua y el Shuar en las escuelas incide mucho en el debilitamiento o robustecimiento de los mismos y el idioma es un factor esencial en una cultura. La tendencia, rayana en la manía, de muchísimas escuelas especialmente rurales de uniformar a todos los alumnos ha influido sustan-

cialmente en la creciente desaparición de la vestimenta peculiar de las comunidades. Una niña o una adolescente, luego de vestir obligadamente falda en la escuela y en el colegio, muy difícilmente volverá en el futuro a usar polleras o anacos.

Privilegio de la cultura elitista

Por una serie de razones históricas, las políticas culturales de los últimos cinco siglos se han caracterizado por un fuerte y exclusivo privilegio a las culturas elitistas. El conquistador-vencedor trajo otro tipo de cultura y las energías de estado y organizaciones afines se volcaron a difundir esta cultura considerándola como el polo de la sabiduría contrapuesta al otro polo, el vernacular, de la ignorancia. El proceso de evangelización tenía el propósito - como antes mencionamos - de incorporar a la “única religión verdadera”, y por ende posibilitar su acceso al paraíso en la otra vida, a los indoamericanos salvándoles de sus creencias y prácticas religiosas falsas y paganas. Si se puede hablar de una concesión cuando decide la iglesia evangelizar en idioma quichua a los indoamericanos, ella se debe a

que recurriendo a esta lengua se podía conseguir con más rapidez y eficiencia la difusión de la religión católica.

Lo mestizo se caracteriza por la presencia de contenidos indígenas, y si lo indígena era para los españoles peninsulares y americanos, algo inferior y ruín, su mera presencia la “contaminaba” de ignorancia y falsedad. El prejuicio institucionalizado de la “pureza de sangre” que en España consistía en demostrar la ausencia de ascendientes árabes y judíos por razones religiosas, se trasladó a América a la demostración orgullosa de ausencia de ascendientes indígenas por razones de “raza inferior”.

La independencia política en manera alguna significó independencia cultural, habiendo sido este proceso un largo y sangriento pleito entre peninsulares y criollos la participación indígena o mestiza fue casi nula. Los países independientes continuaron privilegiando lo elitista-europeo pasando el epicentro de Madrid a París. Con el afianzamiento del positivismo y la vinculación de la educación al progreso se pretende que tiene el Estado la obligación de “civilizar” a los sectores

populares, se agudiza la campaña por parte de los poderes públicos para desalentar y destruir la cultura popular pues civilización es sinónimo de cultura elitista-europea sin que los prejuicios raciales frente a lo indoamericano y lo africano hayan desaparecido o disminuido. Las manifestaciones de cultura popular de acuerdo con estos puntos de vista han sido excluidas sistemáticamente de las acciones educativas y culturales fomentadas por el estado y muy frecuentemente agredidas y desalentadas mediante mecanismos como los del desprecio y la burla. En este aspecto, como en la mayor parte de los puntos abordados en este trabajo al hablar de cultura popular me refiero fundamentalmente a sus expresiones estéticas, fiestas y celebraciones.



Aceptación de la cultura popular

La aceptación de la existencia de una cultura popular en los estamentos estatales y privados con ingerencia en las políticas culturales es cuestión de pocas décadas y se da concomitantemente con la democratización del término cultura, consecuencia de la expansión de la Antropología Cultural. Esta aceptación por parte de las élites -o de sectores de ellas- se inicia con lo que podríamos llamar tolerancia de sus expresiones. Comienzan los sectores “cultos” a no sentir vergüenza ante manifestaciones populares e indígenas y tiene mucho que ver en este cambio la actividad de algunas personas y grupos de extranjeros que muestran su admiración ante este tipo de hechos. Debido a la dependencia mental el ecuatoriano elitista piensa que algo de bueno habrá en la cultura popular y vernacular para que guste a los “gringos”. Ganan terreno los términos folclor y folclórico que tienden a convertirse en rasgos de buen gusto entre algunos “excéntricos” caballeros y damas de alta sociedad. Este cambio de actitudes incide en la tolerancia de las manifestaciones de cultura popular si bien no podemos hablar de aceptación en las políticas

globales del estado.

Posteriormente, de esta tolerancia se pasa a una aceptación creciente; si se supera el principio de que cultura es sinónimo de ideas, creencias y realizaciones de un grupo reducido y se acepta que la cultura es un hecho sin el cual no puede existir una colectividad humana necesariamente hay que aceptar que no existen pueblos ni, dentro de un pueblo, estratamentos sociales incultos y que no cabe hablar de culturas superiores y culturas inferiores sino de culturas diferentes lo que lleva a concluir que los sectores sociales denominados "pueblo" tienen una cultura que difiere en muchos aspectos de la tradicionalmente aceptada cultura elitista la misma que difícilmente puede ser calificada de inferior, ya que sería arbitrario establecer un parámetro que nos permita hacer comparaciones entre lo elitista y popular ya que cada tipo de cultura tiene sus propios criterios para definir lo que es más o menos, mejor o peor. Entre quienes aceptan la existencia y operatividad de la cultura popular piensan muchos que se trata de una cultura de segunda categoría. Actitudes de este tipo presuponen un juicio de valor favorable a la cultura elitista y consciente

o inconscientemente se parte del principio de que aceptar la cultura popular es hacer algo así como una "generosa" concesión. Detrás de esta actitud subyace un complejo de inferioridad que lleva a sobrevalorar lo que por cultura, por siglos, ha entendido el orden establecido.

Identidad nacional y cultura popular

Desde hace algunas décadas se habla, cada vez con más insistencia de la identidad nacional, de la necesidad de afianzarla y reforzarla. Más allá de las citas a este concepto -en ocasiones demagógicas y oportunistas- la noción de identidad nacional se fundamenta en la diversidad de culturas que se patentiza en las peculiaridades que los conglomerados humanos tienen. En este sentido, una política que pretende robustecer la identidad nacional tiene que tratar de proyectar sus acciones en las múltiples esferas de actividad, partiendo en la medida de lo posible, de aquellas particularidades que culturalmente nos distinguen de otros conglomerados humanos. La antítesis de la identidad nacional es la dependencia mental que indefecti-

blemente deviene en copia. Aun suponiendo que políticas elitistas-dependientes que sobrevaloran integralmente lo foráneo y desprecian con vergüenza lo propio den resultados material y económicamente más eficaces, se estaría poniendo en práctica una repetitiva tendencia humana: priorización de lo material sobre lo no material, es decir, se estaría “vendiendo el alma al diablo” o la primogenitura por un plato de lentejas.

Si aceptamos este presupuesto, se plantean otros interrogantes: ¿En dónde se encuentran los rasgos culturales definitorios de nuestros pueblos? ¿Qué acciones deberían realizarse para que ellos sirvan de fundamento al desarrollo del conglomerado social? ¿En qué medida se debe recurrir a ellos? ¿Hasta qué punto es factible realizar lo planificado? En términos generales podríamos afirmar que los elementos definidores de nuestra identidad nacional se encuentran en muy alto grado en lo que denominamos “cultura popular”, es decir en lo que a través de los años los llamados sectores populares han venido creando y practicando para expresar sus apetitos vitales, sus concepciones de lo

bello y de lo feo y organizar sus vidas de acuerdo con sus ideas, creencias y cosmovisiones.

Ajena a los mecanismos formales de transmisión de cultura controlados por el poder político y económico como la educación institucionalizada, los medios de comunicación etc. la cultura popular sobrevivió gracias a la práctica permanente de sus rasgos, a la transmisión de generación a generación de los mismos configurando lo que hoy denominamos tradición. Frente a la tradición que se encuentra abrumadoramente en la cultura popular, pueden darse dos posiciones contrapuestas: renunciar a ella considerándola una rémora, algo así como un lastre del pasado que frena e impide la proyección de las colectividades hacia el futuro. Este planteamiento se relaciona con un juicio despectivo hacia la cultura popular en el sentido de que el mejoramiento de las condiciones globales de vida sólo es posible gracias al progreso que implica superación del pasado y desvinculación, lo más radical posible, de lo que suene a tradición.

La otra cara de la moneda preconiza una preservación total e ínte-

gra de la tradición rechazando cualquier modificación que se pretende llevar a cabo. El fundamento de este punto de vista se encuentra en el principio de que “cualquier tiempo pasado fue mejor” y de que, en consecuencia todo cambio es sospechosamente negativo.

Ambas posiciones, por se extremas, no son ni correctas ni constructivas. Un árbol consta de raíces, tallo, ramas, hojas, etc. y solamente sobrevive a plenitud si es que permanecen sus componentes integrales. Acudiendo a una analogía, si es que destruimos sus raíces (el pasado), el árbol muere; y si, a la inversa, si es que sistemáticamente deterioramos su tallo y ramas, puede ocurrir lo mismo, existiendo la posibilidad de que la permanencia de las raíces pueda dar lugar al retoño, es decir, a la revitalización de los componentes externos (presente). La posición correcta sería la de preservar la tradición, pero admitiendo las inevitables y muchas veces beneficiosas innovaciones. El ser humano vive siempre presente o presentes, pero los presentes indefectiblemente se encuentran configurados por el pasado, y muchos de los actos que realizamos en un momento dado cobran cabal

sentido en virtud de hechos que se perfeccionarán en el futuro. Por mucho que nos empeñemos, no podemos vivir un presente desvinculado de las otras dos dimensiones. Lo que hemos afirmado a nivel individual es válido y quizás más a nivel social.

No tiene sentido conservar la tradición como una mera reliquia carente de vigencia, algo así como una colección de piezas de un museo arqueológico. la tradición debe preservarse inserta en el presente y por lo tanto sujeta a la dinámica de cambio que es esencial al devenir temporal. Rasgos tradicionales del pasado están sujetos a la dinámica ya que cultura que no cambia tiende a perecer. El pasado está y no es posible modificarlo en ningún sentido, mas los rasgos que se insertan en el presente y se proyectan al futuro son susceptibles de modificación.

Las culturas vernaculares, es decir las que preservan con un mayor grado de pureza los contenidos indoamericanos, si bien no las podemos considerar populares-mestizas, juegan un papel importante en la identidad nacional con las debidas

aclaraciones. Las culturas vernaculares son proporcionalmente reducidas y casi siempre se encuentran en zonas marginales. Culturas como las Huaorani y Achuar subsisten en el estado ecuatoriano, pero están muy poco integradas a la cultura global; rasgos como los de la chicha mascada o la tzantza que se dan en culturas de la amazonía, son consideradas por las grandes mayorías ecuatorianas como elementos exóticos y sería forzado entenderlos como partes de la cultura popular. Los grupos indígenas de la sierra tienen una situación distinta. Habiendo estado por más de cuatro siglos sometidos a un proceso de dominación, si bien conservan algunos elementos del pasado precolombino como el idioma quichua, en lo demás podemos observar un mestizaje intenso. Tal es el caso del sincretismo religioso. Otros elementos como el vestuario fueron introducidos por los españoles y han sido conservados por las comunidades indígenas.

El ámbito de la cultura popular

La propuesta de políticas relacionadas con la cultura popular requiere de una determinación de un

ámbito en lo geográfico y en lo humano. Si hablamos de cultura popular del Ecuador, sería irreal y miope circunscribirnos a las fronteras políticas. Las semejanzas y vinculaciones en este campo entre el Ecuador y el mundo andino son muchísimas y en menor grado existen elementos comunes importantes entre nuestro país y América Latina. Las similitudes culturales entre el Ecuador y México o Chile son sustancialmente mayores que las que existen entre nuestra patria y Polonia o Tailandia. Acciones y programas deben tomar en cuenta lo andino y lo latinoamericano pues la integración a la que tanto aspiramos tienen sus más fuertes obstáculos en lo económico y en lo político y los nexos más estrechos en lo cultural.

Otro punto digno de muy seria consideración es el de la dependencia. Las políticas culturales tradicionales han sido privilegiantes de las elitistas y éstas se han fundamentado en la dependencia, de España durante la colonia y de otros países europeos especialmente Francia luego de la independencia. Consciente y expresamente los detentadores del poder político y económico identificaron cultura con lo europeo

e incultura con lo vernacular y lo mestizo. La aceptación de las culturas popular y vernacular no ha eliminado a la dependencia; con el imparable y acelerado crecimiento de los medios de comunicación y con las facilidades del intercambio personal, el fenómeno de la dependencia se da masivamente. Programas de televisión, cine, revistas a las que tienen acceso los ecuatorianos especialmente en las áreas urbanas sistemáticamente exponen a los individuos a patrones culturales y sistemas de valores foráneos. Necio sería pensar en un aislamiento total; a esta altura de los tiempos vivimos un permanente intercambio de culturas y no es posible cambiar el mundo, pero sí es pertinente ofrecer a la ciudadanía alternativas de nuestros pueblos en esta creciente exposición a los medios de comunicación, pese a la desventaja que en su manejo tenemos con los países desarrollados.

No es tarea simple definir con rigor los límites entre lo popular y lo elitista. El profesor colombiano Manuel Zapata Olivella nos habla de tres elementos básicos que en permanente interacción configuran las manifestaciones económicas, sociales y estéticas de la llamada cultura

nacional de los países latinoamericanos:

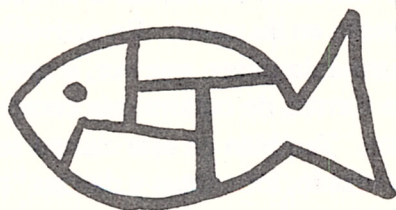
a) El académico-científico de la cultura clásica caracterizado por la influencia aculturizadora de la colonización europea en la cual se encuentran imbuidos valores de la cultura criolla.

b) el empírico de la cultura tradicional (vernacular) nutrido principalmente de las experiencias vivenciales de raíz indígena mezclados o no a otros valores empíricos africanos o europeos.

c) El semitécnico de la cultura popular que se ha desarrollado históricamente a partir del constante sincretismo de los anteriores y cuya tendencia es incorporar nuevos valores tecnológicos.

Dada la permanente interacción es extremadamente difícil establecer en situaciones límites hasta dónde llega lo vernacular y desde dónde empieza lo popular, hasta dónde alcanza éste y cuál es el inicio de lo elitista. Entre lo popular y lo elitista podemos hablar de una "tierra de nadie" en la que conviven estrechamente unos y otros.

La dinámica cultural nos permite hablar de un doble proceso: la popularización de lo elitista y la elitización de lo popular. Rasgos privativos de las élites, con el decurrir del tiempo se incorporan al pueblo, lo que lo podemos observar en forma muy clara en la moda. Tipos de vestido que inicialmente solo usaban personas de los altos niveles sociales, posteriormente los usa el pueblo, casi siempre cuando las élites han optado por otra moda así, con el decurrir del tiempo, lo que fue elitista se transforma en popular. A la inversa, contenidos que en una época eran claramente definitorios de lo popular los incorporan las élites, tal es el caso de cierto tipo de comidas típicas. Se considera de buen gusto en las altas esferas sociales ofrecer en importantes invitaciones platillos totalmente populares.



Niveles de financiamiento

Si hablamos de políticas para promocionar la cultura popular, deben éstas superar la simple tolerancia. Así como el estado ha invertido importantes sumas de dinero y energías para difundir y posibilitar el cultivo de ciertas manifestaciones de cultura elitista -la creación y mantenimiento de una orquesta sinfónica, por ejemplo-, es importante que se dediquen fondos para manifestaciones de la cultura popular y que no se deje que ellas queden libradas a la iniciativa de las comunidades como ocurre con festividades como el Pase del Niño, en Cuenca, las celebraciones del Corpus o San Juan, o el rodeo montuvio en varios sectores de la costa. Concursos, salones y bienales casi en su totalidad se limitan a lo elitista en pintura, literatura, música, etc. pero en muy pequeña escala los sectores públicos y privados han realizado esfuerzos económicos para promociones similares de la cultura popular.

En el sector público existen organizaciones financiadas por el estado como la Casa de la Cultura Ecuatoriana y la Subsecretaría de Cultura entre otras con plausibles

propósitos de robustecer la cultura, aunque se admita y líricamente se alabe a la cultura popular, los fondos dedicados a éste son mínimos si comparamos con lo que se destina a lo elitista. Lo que ocurre con organizaciones internacionales o financiadas desde el exterior con fines similares es igual. Para sentar bases sólidas sería conveniente que las mentadas instituciones dediquen un significativo porcentaje de sus presupuestos a la cultura popular. Necio sería pretender que para la promoción de la cultura popular se eliminen las acciones y manifestaciones de la cultura elitista. Se cometería el mismo error de antaño cuando en aras de “civilizar” al pueblo se agredía y desalentaba lo popular. Lo deseable es que a este marginado sector se le dé un tratamiento igualitario.

La cultura popular en la educación

Anotábamos anteriormente que la educación formal es esencial para la preservación y aliento de la cultura y las culturas. Es necesario corregir el error que en el pasado se cometía al estructurar los sistemas conforme a los patrones y contenidos elitistas-dependientes. Los planes y pro-

gramas debe modificarse la presencia de lo popular y de lo vernacular en el país. En un cercano pasado planes y programas de estudio tenían la finalidad de monopolizar los patrones elitistas no solamente en las áreas técnicas y científicas sino en aquellas portadoras de mensajes humanísticos, sociales y estéticos. La guerra de los treinta años o la unificación de Alemania tenían más importancia y vigencia para quienes asistían a colegios secundarios que el Tahuantinsuyo o la guerras de la Independencia. Hablar de artistas plásticos era hablar de los grandes renacentistas e impresionistas. La música estaba identificada con el clasicismo y el romanticismo. En las últimas dos décadas algo se ha cambiado, lo popular ya no suena a mal gusto, pero muchísimo queda por hacer en este terreno.

Al hablar de educación formal no debemos limitarnos a lo que se enseña en las aulas. En actividades extra-aula tienen que ver, y mucho, las formas de cultura que comentamos. También en este campo se ha avanzado, los cantos y danzas “típicas” se presentan más frecuentemente en escuelas y colegios inclusive del sector urbano. Cada vez más escue-

las y colegios toleran que indígenas y en algunos casos mestizos, concurren a clases con los vestuarios propios de sus comunidades, pero se puede avanzar más. Los denominados trabajos manuales o las cátedras de opciones prácticas podrían ser vehículos ideales para que el estudiante trabaje en tareas artesanales en las que se manifiesta en forma muy rica la cultura popular.

Coordinación de acciones

Existen en el Ecuador organizaciones nacionales e internacionales vinculadas a la cultura popular en el área total o en área específicas junto con otras que abordan la cultura en forma global y que, teóricamente cuando menos, tienen que ver con lo popular. Creemos que la descoordinación entre estas organizaciones atenta contra la eficacia de las acciones. Con un sentido de competencia negativo o a causa del quemimportismo, a veces se duplican innecesariamente obras y a veces no se toman medidas importantes y constructivas a la espera de que alguna otra organización tenga la iniciativa. Tarea importante en las políticas destinadas a la promoción

de la cultura popular sería la de, luego de realizar un análisis de posibilidades y metas de estas organizaciones, coordinar sus actividades y si es que es necesario conseguir que algunas de ellas estén a cargo de dos o más. Ni siquiera podemos hablar de una información adecuada sobre la existencia misma de las actividades de las mentadas organizaciones.

Turismo y cultura popular

El fenómeno creciente del turismo incide en la cultura popular y su formación; viajes con propósito recreativo dan lugar a que se trata de observar manifestaciones culturales que no se dan en los países o regiones de origen. Lo que podemos mostrar para este propósito, además de la naturaleza, son las manifestaciones de cultura popular y así satisfacer los intereses del turismo, pero es necesario tener cuidado suficiente para evitar modificaciones falsificantes de estos aspectos simplemente para engañar a los visitantes quienes, al no tener un conocimiento apropiado de nuestro medio, carecen de elementos de juicio para distinguir entre lo real y lo falsificado. No hay que caer dentro de este aspecto en modi-

ficaciones de la autenticidad y la calidad de los contenidos de la cultura popular realizando cambios de acuerdo con los deseos del turista o la obtención de mayor utilidad. En el mundo de las artesanías, suele hablarse internacionalmente de las “artesanías de aeropuerto” y “artesanías a la carta” haciendo referencia con estos términos a la pobreza en autenticidad y a la deficiente calidad, pues la compra en aeropuerto la realiza el viajero al apuro y muy frecuentemente con los últimos dineros que le quedan en moneda nacional. Obviamente los mencionados calificativos no se limitan físicamente a lo que se vende en lo aeropuertos. Consideramos que son necesarias acciones coordinadas entre las políticas de turismo y las de cultura popular. Frecuentemente el turismo receptivo prioriza el atractivo y en consecuencia es la incorporación de dinero a los rasgos culturales auténticos. Es en este campo importante velar por la autenticidad tanto más que en muchos casos de ella depende la imagen que de nuestro país llevan los visitantes.

Museos y programas

La valorización o revalorización de lo popular no debe limitarse a declaraciones líricas o a fogosos discursos. Es preciso incorporar sus manifestaciones en los mecanismos de difusión de los sectores público y privado. Los museos y las galerías preponderantemente se concentran en lo elitista, excepción hecha quizás de lo arqueológico que tiene alto valor histórico. Lo popular muy poca presencia hace en los museos, por una parte son contados con los dedos de la mano los especializados en esta área y en los más generales la sección popular, si es que existe, es muy reducida. No suele escatimarse recursos económicos, por cuantiosos que sean, para adquirir y montar piezas elitistas, pero las actitudes económicas varían sustancialmente si se trata de objetos populares. Materiales de difusión (videos, audiovisuales, etc.) corren similar suerte que las piezas de museo y peor aún, más grave es la situación de los programas de televisión. Las políticas destinadas a promover la cultura popular deben tomar muy en cuenta este problema y proponer y financiar los cambios pertinentes.

Cultura popular y gran público

La cultura popular tiene sus protagonistas: el pueblo en el sentido amplio de la palabra y estos protagonistas merecen apoyo moral y económico. Es indispensable que los individuos o comunidades se autovaloren y se sientan orgullosos de sus realizaciones a la vez que dispongan de medios económicos para mantenerse en su mundo de valores. Pero también es fundamental que las actitudes frente a la cultura popular cambien en el gran público. Si el gran público aprende a gozar de la cultura popular, a deleitarse con sus manifestaciones, su peso en la sociedad global crecerá imparablemente. En el ámbito de las artesanías, hay quienes consideran que las actividades de las instituciones vinculadas a ellas deben exclusivamente realizarse en favor inmediato y directo de los artesanos; este punto de vista adolece de miopía pues los programas dirigidos al gran público redundan generosamente en beneficio del artesano. Si el gran público aprende a apreciar, valorar y amar las artesanías se convierte en un comprador y si el número de compradores aumenta algo similar ocurre en la demanda teniendo el artesano

asegurada o mejorada la venta de sus trabajos. Lo dicho de las artesanías es aplicable, con las variaciones del caso, a otras formas de cultura popular.

Lo popular como inspiración de lo elitista

Lo popular y vernacular no constituyen dos mundos aislados e incomunicados entre sí; una vinculación altamente positiva se da cuando los primeros sirven de punto de partida o fuente de inspiración a lo segundo. Pinturas como las de Guayasamín o Kingman, por citar unos casos, son evidentemente elitistas pero su temática está inspirada en el mundo de lo vernacular y lo popular. Un ejemplo más espectacular

es el de las novelas latinoamericanas del "boom" que han logrado total aceptación mundial en la corriente denominada realismo mágico. Nadie discute que novelas de García Márquez, Jorge Amado, Demetrio Aguilera Malta son elitistas, pero su poder viene de la inspiración en motivos de la cultura popular. Desconozco si es que estos novelistas y muchos otros trabajaron sus obras

conscientes de dignificar y promover la cultura popular y si es que pensaron en “políticas” con este propósito, pero lo real es que nadie ha logrado tornar respetable la cultura popular como estos escritores.

Un libro sería corto para ampliar y abordar todas las posibles estrategias que deberían vertebrar las políticas destinadas a promover la

cultura popular, pero en homenaje al tiempo concluyo esta intervención manifestando que viviendo una época de tolerancia y aceptación crecientemente generalizada de ella, no debemos quienes a título personal o como responsables de instituciones específicamente comprometidas con la cultura popular nos hemos vinculado más con estos fines, dejar pasar esta oportunidad.

